

Nadie dijo una palabra. Silenciosamente a los pocos momentos, abandonaban los representantes extranjeros la Embajada Americana. Al traspasar el umbral del edificio, ya en la calle, uno de ellos dijo: "Es curioso este Embajador: cuando se trata de dar auxilio a un jefe rebelde y que bajo el pabellón de su Patria se concierte el derrumbe de un gobierno legítimo ante el cual él está acreditado, no tiene inconveniente en intervenir, ser testigo del pacto y aún discutir las personas que formarán el nuevo gobierno, sin que le preocupe si se trata o no de asuntos interiores del País; pero cuando se trata de salvar la vida a dos personajes políticos, a quienes la traición y la infamia quizá, están discutiendo la manera de matar, encuentra que su posición de representante de una potencia extraña, no le permite intervenir, aunque sí califica, a raja tabla y con notoria indiscreción, a los gobernantes del País ante quienes está acreditado."

—"Tiene usted razón replicó otro de los Ministros, quizá eso sea un capítulo secreto de la doctrina Monroe, que aún no llega a nuestro conocimiento. Y ya que habla usted de indiscreciones, agregó: ya no habrá hoy hojita?"

—"Para qué, replicó el interpelado, ya hoy habrán trasladado la imprenta a lugar más cómodo."



CAPITULO XLV.

"LA RENUNCIA DEL PRESIDENTE"

El diez y nueve de febrero en la tarde, fueron convocados los miembros del Cuerpo Diplomático, por el Embajador, para darles a conocer la comunicación del General Huerta, en la que participaba la caída del Gobierno de Madero. El Embajador leyó la nota del General Huerta, y al mismo tiempo, la contestación que había formulado, en la que se reconocía al nuevo Gobierno. Los diplomáticos rechazaron el proyecto de Mr. Wilson y resolvieron esperar al día siguiente, para contestar la nota, pues habían llegado a ellos muchos rumores, y no sabían en realidad quién encabezaría el Gobierno que iba a suceder al caído.

El Embajador, habiendo fracasado ante sus colegas, dirigió sus esfuerzos a que el señor Madero renunciara.

Los padres del infortunado Presidente le dirigieron una nota, pidiéndole interviniera, como Jefe del Cuerpo Diplomático, para salvar la vida de sus hijos.—En esos momentos aún ignoraban que don Gustavo había sido asesinado en la madrugada,— y suplicaron al Ministro de Cuba y al Encargado de Negocios del Japón, entregaran personalmente el oficio al Embajador, encargándole convocara inmediatamente a sus colegas para que la acción se ejercitara en nombre de todos.

Los señores Márquez Sterling y Horigoutchi, que ya sabían a qué atenerse sobre el particular, porque habían presenciado la víspera la escena entre el Embajador y el Ministro de Chile, violentamente se dirigen a la Embajada, y ceremoniosamente hacen entrega del oficio, en presencia de varios Ministros extranjeros, entre ellos el de España, señor Cologan.

Mr. Wilson, al enterarse de la petición, estruja el papel y lo guarda en uno de sus bolsillos, diciendo que nada tiene que ver él en aquello. El Ministro de Cuba reclama, no es una carta particular para el Embajador, sino una nota para el Cuerpo Diplomático, y es éste y no el representante de los Estados Unidos, quien debe resolver el asunto. El representante del Japón, apoya enérgicamente al Ministro Cubano. Apremiado el Embajador, saca la nota de los señores Madero, del bolsillo del pantalón, donde la había guardado y la pasa al Ministro de España. El señor Cologan, al enterarse de ella, se indigna ante la actitud de Mr. Wilson y declara que es preciso hacer todo esfuerzo para salvar la vida de los funcionarios presos. Si el Embajador se niega a convocar al Cuerpo Diplomático, él, que es el decano, (1) hará la convocatoria y expondrá a los Ministros la conducta del Representante de los Estados Unidos. Surge una acalorada discusión, pero los Ministros de España y Cuba no ceden y al fin, el Embajador propone que se pida al nuevo Gobierno no imponga un castigo demasiado severo al ex-presidente de México. Los Ministros se oponen

(1)—Conforme a los usos diplomáticos, el Embajador, por su categoría preside el Cuerpo Diplomático, cualquiera que sea la fecha de su nombramiento y le sigue el decano que es el Ministro cuya fecha de recepción es más antigua.

abiertamente a la proposición. Esto sería, aceptar que debe castigarse al señor Madero, y ello no entra en el papel de los representantes extranjeros en México. Su intervención sólo puede efectuarse, en nombre de la humanidad, y sobre todo, requeridos como están por los padres de una de las víctimas, para salvar las vidas de los presos; pero no deben juzgar la conducta de nadie, ni la de los unos, ni la de los otros.

El Embajador parece ceder y propone que los Ministros vean al General Huerta y le pidan la vida del señor Madero; pero particularmente, sin invocar la autoridad de sus respectivos gobiernos, alegando que él carece de instrucciones, y que si la petición se hace en otra forma, los nuevos gobernantes, por no aparecer que sufren una imposición, negarán lo que va a solicitarse. El tiempo apremia. Se acepta lo propuesto por el Embajador, quien acaba por ofrecer que hablará personalmente con D. Félix Díaz sobre el particular.

Los Ministros de España y Cuba se encargan de la gestión y se dirigen a Palacio. No encuentran al General Huerta, pero hablan con el General Blanquete: éste les dice que nadie ha pensado en matar al señor Madero, y que si éste renuncia, ese mismo día saldría, convenientemente escoltado, para Veracruz, donde podría embarcarse para el extranjero, en el primer barco que saliera del puerto. El Ministro de Cuba ofrece el crucero "Cuba," de la marina de su Patria, que estaba anclado en Veracruz, para el transporte del señor Madero y su familia. Se discuten los pormenores de la salida, y aún se habla de quién mandará la escolta que acompañe al ex-Presidente. Es preciso, dice uno de los presentes, que al frente de ella no vaya un oficial irresponsable, sino un jefe de graduación que sepa la responsabilidad que

contrae. "No hay inconveniente en eso, replica el General Blanquete." La escolta irá mandada por un General que el mismo señor Madero designará." Todo parece arreglado, sólo que los Ministros desean que el General Huerta ratifique esas palabras y para ello suben a la Presidencia. Ahí está el licenciado Rodolfo Reyes. Al verlos se lamenta de lo sucedido a don Gustavo Madero y al señor Bassó. Los Ministros acaban de estar en contacto con este último, con motivo de la recepción que el Presidente había dado el primero de Febrero, en la que elogiaron el gusto y tacto con que arregló todo, de manera que al saber que ha sido matado, se interesan en el asunto y preguntan el motivo del fusilamiento. El licenciado Reyes no lo sabe, lamenta el caso, se lleva las manos a la cabeza y demuestra un gran pesar: al fin dice: "Supongo que mis amigos han matado a Bassó por ser quien mató a mi padre."

Los señores Cologan y Márquez Sterling se alarman ante aquella noticia e insisten en ver al General Huerta, para cumplir su misión inmediatamente; pero no lo logran. Nadie sabe dónde está. Se dirigen entonces a las habitaciones donde están presos el señor Madero, el señor Pino Suárez y el General Felipe Angeles.

El señor Madero está rodeado de casi todos sus Ministros y cariñosamente alarma al señor Vázquez Tagle, por no haber querido dar la mano al General Huerta el día de la aprehensión.

Enterado de las gestiones del Cuerpo Diplomático, está conforme en renunciar; pero su renuncia la depositará en manos del Ministro de la República de Chile que se encuentra visitándolo en su prisión, y quien la entregará cuando ellos se encuentren a bordo del crucero "Cuba."

Rápidamente se extiende la renuncia y la firman los señores Madero y Pino Suárez, entregándola al señor Lascurain para que la enseñe al General Huerta. Todo queda convenido. El señor Madero, con manifiesta improvisación, designa al General Angeles para que mande la escolta que debe acompañarlos a Veracruz. Se le dice que eso es imposible, pues el General Angeles está preso; se le hace ver que esa designación va a despertar las suspicacias de sus aprehensores. Todo es inútil: El Presidente no transige, cree que todavía tiene Poder, cree sobre todo salvar así al prisionero, por quien tiene gran afecto. Se aferra en su idea, y no hay modo de convencerlo. El señor Madero, va, con su designación, a precipitar los acontecimientos y a hacer inútiles todos los esfuerzos para salvarlo. El General Huerta, que es esencialmente desconfiado y desleal, creerá que se le pretende tender una celada: que el señor Madero, con el General Angeles al frente de una escolta, pueden hacer fracasar todas sus ambiciones y todos sus trabajos y no dará ocasión para ello. El señor Madero firmaba su sentencia de muerte.

Allí mismo se acuerda que los prisioneros salgan esa misma noche para Veracruz y que los acompañen, durante el viaje hasta el puerto, el Ministro de Cuba y el Encargado de Negocios del Japón, que se ofrece a ello. Se fija la hora de la partida para las diez de la noche, pero el señor Madero suplica al Ministro de Cuba regrese a la prisión dos horas antes. Así queda convenido, sin consultar al General Huerta, ni a ninguno de los que tienen el Poder efectivo. El señor Madero y sus Ministros continuaba soñando; ni la brutalidad de los hechos los hacían volver a la realidad de las cosas. Seguían creyendo en la sinceridad de aquellos hombres a quienes só-

lo movía la ambición y todavía creían que había piedad en aquellas almas, cuya perversión era tan grande como sus ambiciones. Los Ministros extranjeros salen para buscar al Jefe de la Plaza; pero nada consiguen: Fué imposible encontrarlo, sólo logran ver a los señores de la Barra y Vera Estañol: Los dos les aseguran que nada pasará a los presos y en cierta parte tranquilos, con tales seguridades, se retiran a sus domicilios.

El señor Lascurain y don Jaime Gurza salieron con la renuncia para hablar con el General Huerta. La entrevista es larga. Huerta juzga indecoroso mezclar a los Ministros extranjeros en los asuntos políticos del País. La renuncia debe presentarse inmediatamente al Congreso: Si no se hace así, no responde de nada. El Ejército y el pueblo se encuentran excitados, los partidarios de Félix Díaz quieren hacer una degollina brutal; él se ha visto seriamente comprometido en la madrugada, cuando se ha negado a entregar los prisioneros a los hombres de la Ciudadela, que, según Huerta, son los que tienen la fuerza. Les ha oído hablar de asaltar Palacio, de acabar con toda la familia Madero; carece de autoridad mientras no se le entregue el Poder, y teme que si el acto se retarda, pasen acontecimientos que él deplorará, pero de los que, advierte, no asume responsabilidad, pues teme que los soldados no le obedezcan. Si se aplaza la renuncia, pueden surgir motines y carece de elementos para reprimirlos. Si estos estallan, habrá una verdadera hecatombe: el pueblo está enfurecido, los partidarios de Félix Díaz lo azuzan a toda hora, y ninguno de la familia va a salvarse. La única manera de salvar a todos, es que tenga poder efectivo, que se le

entregue la Presidencia, y entonces responde de todo, porque ya tendrá autoridad para imponerse, y con el Poder, la seguridad de que la tropa le obedezca. Sus palabras son más apremiantes a cada momento.

El señor Lascurain comienza por convenir en que no deben mezclarse en el asunto los Ministros extranjeros. Después vacila sobre la entrega de la renuncia. Se conviene en que para que la trasmisión del Poder se haga constitucionalmente, una vez aceptadas las renunciaciones de los señores Madero y Pino Suárez, al quedar el señor Lascurain como Presidente Interino, nombrará a Huerta Ministro de Gobernación, y renunciará inmediatamente para que el mando recaiga legalmente en este último.

Así, Huerta asegura que todo se arreglará satisfactoriamente y responde de la vida de todos; pero siempre que se hagan las cosas en el acto, antes de que los de la Ciudadela puedan maniobrar. Es el fantasma con que impresiona al señor Lascurain y sus compañeros de Gabinete que lo acompañan en aquellos momentos angustiosos.

El señor Lascurain vuelve a vacilar, consulta con sus compañeros, se pide la opinión de alguno de los miembros de la familia Madero y todos creen que hay que pasar por las horcas caudinas que impone el General Huerta, en cuyas manos está la vida de todos. Se le exigirán garantías suficientes.

El señor Lascurain regresa donde está el General Huerta y le pide garantías efectivas para la vida de Madero y Pino Suárez. "Las que usted guste," dice amablemente; pero repentinamente frunce el ceño y agrega: "O se tiene confianza en mí o no. Si no se tiene confianza en mí, es inútil que sigamos hablando."—

Violentamente se detiene, lleva la mano al cuello, y de debajo de la camisa saca un escapulario, una medalla de la Virgen de Guadalupe y otra del Sagrado Corazón de Jesús, que penden de una cadenita de oro de su cuello. —“Esto, dice mostrándoselas a Lascurain, las puso a mi cuello mi madre. Por el recuerdo de ella, ante estas santas imágenes, juro a usted que no permitiré que nadie atente contra la vida del señor Madero,” y respetuosamente besó las imágenes.

El señor Lascurain, hombre honorable, católico ferviente, quedó convencido y entregó las renunciaciones!

En seguida se dirigieron todos a la Cámara, allí se extiende el nombramiento del General Huerta como Ministro de Gobernación, el acta de protesta y la renuncia del señor Lascurain a la Presidencia de la República. Los Diputados están reunidos, no se les pasa lista, la cosa urge y no es preciso que conste el número de los que concurren a la sesión. Se llama a todos. Si no se encuentra al propietario se lleva al suplente. Se urge la presencia de los que se tiene a mano y se busca con la policía a los que se han ocultado. Todos se agitan, y discuten la situación, cuando repentinamente se abre la sesión de la Cámara, y se da cuenta con la renuncia de los señores Madero y Pino Suárez. El dictamen se presenta inmediatamente. En él se consulta la aceptación de las renunciaciones. Sólo ocho diputados votan en contra del dictamen: son los señores Alarcón, Escudero, Hurtado Espinosa, Méndez, Morales, Navarro Luis T., Ortega y Rojas.

Momentos después se lee el oficio en que se participa el nombramiento del General Huerta, como Ministro de Gobernación, único acto oficial que como Presidente de la República, hace el señor Lascurain y en seguida

la renuncia de éste, que se acepta inmediatamente. (2)

El General Huerta y sus ayudantes no han abandonado un momento el local donde se reúne la Cámara, ahí están pendientes de todos los movimientos, y probablemente resueltos a llegar hasta donde fuere necesario para no dejar escapar la presa. Las palabras del General Huerta a los Diputados han sido bien claras y sus oradores no dejan que se olviden. La Cámara de Diputados del XXVI Congreso Constitucional no se opondrá a nada, no se fijará en si hay el número de Diputados presentes, ni si los renunciantes tienen la libertad necesaria para acto de tanta trascendencia. Para que no quede constancia de lo primero, contra todos los precedentes no se insertarán en el acta los nombres de los Diputados que han votado por la afirmativa; así quedará, únicamente, la declaración de que eran más de ciento veinte e imposible de averiguar, con el tiempo, la verdad. Algunos de los miembros de la Cámara, privadamente, preguntan si las firmas de las renunciaciones son auténticas. El Secretario de Hacienda puede certificarlo, se les dice, si no las abonara la honorabilidad del señor Lascurain. Ante las vacilaciones de éste, se ha esgrimido el argumento del terror; para con los diputados, ni ese trabajo se toma el General Huerta; los partidarios de don Félix Díaz lo hacen todo. Huerta sólo hace acto de presencia, la cobardía de la Cámara el resto. Huerta queda consagrado oficialmente, Presidente Interino de

(2)—Las actas de las sesiones extraordinarias de la Cámara de Diputados, y del Congreso de la Unión, tal como las publicó el “Diario de los Debates,” órgano oficial del Congreso Mexicano, Correspondientes al Miércoles 19 de Febrero de 1913, se encuentran en el Apéndice de esta obra, no habiendo suprimido más que los discursos que no tuvieron significación política.

la República, esa misma noche. Una vez que hubo protestado, se retiró y ya nadie pudo verlo.

Otros acontecimientos se han desarrollado ese día en la Intendencia de Palacio, donde está preso el señor Madero. Llega su familia. El Presidente se arroja al cuello de la señora su madre y le dice:—"No sé qué venda me puso el señor en los ojos, que no me dejó ver lo que Gustavo me decía."—"Hijo, responde la señora, no es este momento de hacer reproches; debemos rogar a Dios que salve a los vivos y que en su infinita misericordia, perdone a los muertos." Hasta esos momentos, el señor Madero no se enteraba de la muerte de su hermano, pues se procuró que no leyera los periódicos que daban cuenta del suceso, y ninguno de los visitantes se atrevió a hablarle del asunto. La familia, poco después, se despidió para ir a hacer los preparativos de viaje.

El señor Pino Suárez, por su parte, había escrito una larga carta a su Esposa, que entregó, junto con el dinero que portaba, al Ministro de Cuba, don Manuel Márquez Sterling, quien puntual a la cita, había llegado, no dos horas antes como se había convenido, sino con cerca de tres de anticipación, para acompañar a los prisioneros en el proyectado viaje.

Don Ernesto Madero también llegó. Después de algunas vacilaciones y de salir a hablar por teléfono, según decía, urgido por el Presidente, declaró que la renuncia, contra lo dispuesto por el señor Madero, había sido presentada, ante las exigencias del General Huerta y como medida salvadora para todos, refiriendo brevemente lo acontecido. "Por segunda vez, exclamó el Sr. Madero, hemos caído en el lazo tendido por ese hombre! Corre, corre, agregó dirigiéndose a don Ernesto Made-

ro, y dile a Lascruain que no renuncie él, hasta que nosotros estemos en Veracruz." Don Ernesto Madero salió inmediatamente, y a poco regresó. "Llegué tarde, dijo, ya Huerta es Presidente y en estos momentos llega a Palacio, después de prestar la protesta ante el Congreso." En efecto, la guardia de Palacio, acababa de hacer los honores al nuevo Presidente de la República.

"Estamos perdidos, dijo el señor Madero, nadie me quita dos años de Penitenciaría, cuando menos."

¡Pobre señor Madero, ni por un momento cruzaba por su mente la idea de que podía ser asesinado!! En cambio, el Vicepresidente Pino Suárez, no se hacía ilusiones, y apoyados los codos en las rodillas, sostenía su cabeza con ambas manos, sin hablar una palabra. Aquel hombre pensaba en su familia, en sus hijos, todos muy niños, que iban a quedar en la orfandad, en la miseria! De vez en vez, el señor Pino Suárez movía la cabeza, como quien quiere arrancarse una idea que se obstinaba en quedar fija en su cerebro, para caer en seguida en la muda reflexión en que estaba embebido. Su esposa llegó y se cruzaron breves palabras. El señor Pino Suárez recogió del Ministro de Cuba la carta y objetos que le había entregado, y los dió a su esposa. Ambos, comprendiendo la gravedad de la situación, acortaron la entrevista; pero él especialmente, tomó empeño en que fuera sumamente breve. Quizá esperaba por momentos un episodio trágico y deseaba evitar el espectáculo a su esposa, porque cuando ésta salió de las habitaciones donde estaban los prisioneros, el ex-vicepresidente respiró con amplitud!

Entró la noche, el tiempo avanzaba y no veían preparativos de viaje. El General Angeles hizo la observación de que los centinelas se cambiaban con frecuencia

y que el oficial de guardia, por la actitud que había asumido, seguramente había recibido nuevas órdenes. Advertido el señor Madero, se enviaron emisarios que inquirieran lo que pasaba; pero ninguno de ellos regresaba. A todo el que salía del aposento, ya no se le permitía entrar. Estaban incomunicados. Así fueron saliendo uno tras otro, todos los que habían ido a visitar al señor Madero. El Ministro de Cuba fué el único que quedó. Don Ernesto Madero le expresó el temor de que fuera a sucederles algo desagradable al señor Madero y sus compañeros de prisión, y le rogó se quedara. El honorable diplomático accedió a ello, pensando que su presencia podría evitar que fueran asesinados esa noche. (3)

Cuando don Ernesto Madero se retiró, el ex-Presidente de la República recobró toda su calma. Convenido de que el viaje no se efectuaría, se había opuesto en un principio a que el Ministro de Cuba pasara una mala noche; pero ante la insistencia del señor Márquez Sterling y de su tío don Ernesto, quienes para convencerlo le hicieron ver la posibilidad de que el viaje tal vez sólo se había pospuesto, y pretendieran se efectuara en la madrugada, acabó por consentir. Preparó con tres sillas y una frazada un lecho para el señor Márquez Sterling, y otro idéntico para él. Cuando logró que el Ministro de Cuba se acostara, lo cubrió con otra frazada, él se envolvió en otra, y se acostó. Momentos después, estaba profundamente dormido. El señor Pino

(3)—La conducta del Ministro de Cuba, señor don Manuel Márquez Sterling en todos estos acontecimientos fué tan altruista, tan enérgica y llena de tan leal simpatía para México, que ella vivirá en el recuerdo de todos los mexicanos como prenda de amistad que la República hermana nos dejó en circunstancias tan aflictivas.

Suárez permaneció en la posición que he descrito, toda la noche.

El señor Lascurain, después de hacer entrega del Gobierno que tan interinamente había tenido a su cargo, salió de la Cámara y fué en busca del Ministro de Cuba a la Legación, para ir con él a Buena Vista, después de que el General Huerta le aseguró que ya debían estar allá el señor Madero y los suyos. No encontrando al Ministro, se fué directamente para la estación de Buena Vista, donde ya estaba la familia esperando al señor Madero; pero éste no llegaba. Se habló por teléfono, nadie daba razón de lo que sucedía. Al fin, después de dos horas de espera, pudieron hablar con el Coronel Maass, sobrino del General Huerta y Jefe de su Estado Mayor, les informó que el Presidente se había acostado, olvidando firmar las órdenes correspondientes y que hasta el día siguiente no se le podría hablar. Convencidos de que el viaje no se efectuaría, la familia Madero se retiró al domicilio donde estaba albergada. Allí los dejó el señor Lascurain, yéndose después para su casa.

A la mañana siguiente se sirvió a los presos el desayuno, (tal como lo acostumbraban en Palacio); pero el señor Pino Suárez, temiendo que estuviera envenenado, no quería permitir que el Ministro de Cuba lo probara. El señor Márquez Sterling, precisamente para dar ánimo a los prisioneros, violentamente llevó el vaso de leche que estaba sobre la mesa a sus labios y dió un sorbo. Tranquilizado el señor Pino Suárez, todos se desayunaron con apetito.

El señor Lascurain, acompañado de los señores Vázquez Tagle y Gurza, pasó todo el día haciendo esfuerzos para ver al General Huerta; pero todos fueron inútiles. El nuevo Presidente tenía que asistir al acto de la pro-

testa de los Ministros; estaba muy ocupado. Tenía que atender a muchos asuntos urgentes, y mandó suplicarles que lo excusaran, que más tarde lo verían. Al día siguiente, tampoco fué posible ver al Presidente Interino. Seguía muy ocupado, como la víspera. Tenía que recibir al Cuerpo Diplomático y despachar muchas cosas urgentes.

Pretendieron hablar con el General Blanquete; pero tampoco pudieron verlo. Al dirigirse a los salones de la Presidencia, encontraron al señor Robles Gil y lo abordaron. El señor Robles Gil les manifestó que había muy mala atmósfera contra el señor Madero y que, aún cuando él se había opuesto, y seguiría oponiéndose a que se le matara, temía que sus trabajos fueran infructuosos, dada la actitud de casi todos los otros Ministros. (4)

Los ex-Ministros acordaron insistir con los Ministros del General Huerta, dadas las palabras del señor Robles Gil, para ver si salvaban la vida del señor Madero. Hablaron con el señor de la Barra y con el señor Vera Estañol, los señores Lascuráin y Vázquez Tagle, pues el señor Gurza, para dejar mayor libertad al primero, prefirió quedarse esperándolo en el Patio de Honor de Palacio, donde a poco habló breves palabras con el señor Esquivel Obregón.

Tanto el señor de la Barra como el señor Vera Estañol aseguraron que las vidas de los señores Madero y Pino Suárez no corrían ningún riesgo, y que serían trasladados a la Penitenciaría. Los señores Lascurain y

(4)—Esta escena la he oído referir al señor don Jaime Gurza, en presencia de varias personas, entre ellas don Felicitos Villarreal, actual Ministro de Hacienda en el Gabinete del señor Carranza.

Vázquez Tagle solicitaron permiso para hablar con el señor Madero y en el acto se les concedió.

En la entrevista el señor Lascurain explicó al ex-Presidente por qué no se había obsequiado su acuerdo relativo a la renuncia en los términos que lo había dado. El señor Madero dió un abrazo al señor Lascurain expresando a todos sus antiguos ministros su agradecimiento por lo que habían hecho y aceptó las explicaciones del señor Lascurain. Cuando se retiraron, el señor Madero dijo al señor Pino Suárez: "Si vuelvo a ser Gobierno no tendré por Ministros a quienes por su bondad resultan medios hombres. Me rodearé únicamente de verdaderos hombres!" Y se sonrió.

El señor Madero no perdía sus ilusiones ni en las circunstancias más trágicas de su vida. Cuando hablaba de la posibilidad de volver a gobernar, su muerte estaba ya decretada, y sus verdugos, únicamente discutían la manera de cómo debía ser sacrificado, sin aparecer ellos responsables! Soñaba despierto, mientras sus asesinos, siempre alerta, preparaban el cadalso en que debía ser consagrado como mártir!

* * *

Alarmados los ex-Ministros con las palabras del señor Robles Gil, bien significativas por cierto, se reunieron en la tarde en la casa del señor Lascurain y discutieron lo que debían hacer. El señor Vázquez Tagle, que estaba furioso, pretendía que se pidiera amparo inmediatamente; pero al fin se acordó que la medida podría precipitar los acontecimientos y sobre todo, que dadas las seguridades de los señores de la Barra y Vera y Estañol, el peligro no parecía tan inminente y por último, que debían consultar con la esposa del señor Madero.

El veintidós, tampoco fué posible ver al General Huerta, no obstante los esfuerzos que hicieron los ex-Ministros del señor Madero. Desde que había obtenido la renuncia el Presidente Interino era invisible.



CAPITULO XLVI.

"LA MUERTE DE MADERO" (1)

El sábado 22 de Febrero, como de costumbre en esos días, se reunió el Consejo de Ministros a las once de la mañana. Concurrían, además de los Ministros que estaban en la ciudad, el General don Félix Díaz, que se consideraba copartícipe del Poder con el General Huerta, y el Comandante Militar de la Plaza, General Aureliano Blanquete.

El General Blanquete, a poco de comenzado el Consejo, manifestó que necesitaba se definiera la suerte de los señores Madero y Pino Suárez, a quienes tenía presos, pues no quería incurrir en responsabilidades legales en cuestión de tanta trascendencia. Iniciado el debate sobre la suerte de los dos ex-funcionarios, el Ministro de

(1)—La versión que doy en este capítulo sobre los acontecimientos preliminares a la muerte del señor Madero, me fué dada en México, a raíz de los acontecimientos, por persona que por su posición conocía perfectamente cómo habían acaecido los hechos. Para ratificarlos acudí después a don Enrique Zepeda, Gobernador del Distrito e íntimo amigo del General Huerta, y en presencia del señor licenciado don Vicente Sánchez Gutiérrez, le hice conocer esta parte de mi libro, y me dijo que la relación era exacta en todos sus detalles.

Estando en Nueva York, casualmente me encontré a don Manuel Calero; hablamos de mi viaje y de la publicación de esta obra. A los pocos días, el señor Calero me visitó solicitando que hablara con el señor licenciado don Toribio Esquivel Obregón, Ministro del General Huerta cuando el asesinato del señor Madero, y quien acababa de llegar a dicha ciudad. El señor Calero se mos-